





EL AROMA
DE LA HIERBABUENA



Jose Ignacio Fulgencio Casado

EL AROMA
DE LA HIERBABUENA



Primera edición: enero de 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jose Ignacio Fulgencio Casado

ISBN: 978-84-17784-00-3

ISBN digital: 978-84-17784-01-0

Depósito legal: M-42304-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Isabelle y Leo.

*Gracias a Carlos, Daniel, Maribel, Pablo y Paco
por sus ayudas generosas.*

*Gracias también a historiadores y estudiosos de la época,
de cuyo trabajo me he servido para documentar esta historia.*



ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| MAPA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA Y EL NORTE DE ÁFRICA..... | 11 |
| Martín 9°..... | 13 |
| I LOS REINOS CRISTIANOS Y LAS INCURSIONES ALMOHADES..... | 15 |
| CAPÍTULO 1 UNA VISITA INESPERADA..... | 19 |
| II LA PREPARACIÓN DE LA CRUZADA..... | 31 |
| Martín 1°..... | 33 |
| CAPÍTULO 2 EL APRENDIZAJE..... | 35 |
| CAPÍTULO 3 JUEGOS DE GUERRA Y DE AMOR..... | 71 |
| Martín 2°..... | 89 |
| CAPÍTULO 4 EL CAMINO..... | 91 |
| MAPAS DE CIUDADES Y CAMINOS..... | 105 |
| CAPÍTULO 5 LA MUERTE Y LA SALVACIÓN..... | 107 |
| Martín 3°..... | 129 |
| III MUHAMMAD IBN MARDANISH Y LOS ALMOHADES..... | 133 |
| CAPÍTULO 6 UNA ALMUNIA EN LA SERRANÍA..... | 137 |
| Martín 4°..... | 171 |
| CAPÍTULO 7 AMOR Y EXPIACIÓN..... | 175 |
| Martín 5°..... | 217 |
| IV EL EJÉRCITO CRUZADO EN TOLEDO..... | 221 |
| MAPA DE FRANCIA..... | 225 |
| CAPÍTULO 8 LOS REENCUENTROS..... | 227 |
| Martín 6°..... | 265 |
| CAPÍTULO 9 COMIENZA LA CAMPAÑA. MALAGÓN..... | 269 |
| V CALATRAVA..... | 287 |
| CAPÍTULO 10 EL ASALTO DE LA CIUDADELA..... | 291 |
| VI SE VAN LOS ULTRAMONTANOS, LLEGA SANCHO VII..... | 313 |
| CAPÍTULO 11 LA TRAVESÍA DE LAS MONTAÑAS..... | 317 |
| Martín 7°..... | 343 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO 12 LA HUIDA | 347 |
| VII PREPARADOS PARA LA BATALLA..... | 371 |
| CAPÍTULO 13 EL DIA DE LA REDENCIÓN | 375 |
| Martín 8º | 405 |
| CAPÍTULO 14 LA VENGANZA..... | 409 |
| Martín 9º | 425 |
| CAPÍTULO 15 EPÍLOGO | 429 |
| VIII LOS PERSONAJES HISTÓRICOS | 435 |

MAPA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA Y
EL NORTE DE ÁFRICA





Martín 9º

—Martín, Martín...

Puedo escuchar la voz de mi madre con total claridad. Puedo escuchar ahora el silbido que usa para llamarme, que solo ella utiliza y que es como un segundo nombre para mí, dos toques cortos y uno largo que yo contesto igual solo que al revés, uno largo y dos cortos. Un idioma silbado de solo dos palabras, nuestro, de mi madre y mío, que nadie más en el mundo utiliza.

Intento responder pero no puedo. Quiero tranquilizarla, decirle que estoy aquí, que no tiene de qué preocuparse, pero como en un mal sueño, por más que lo intento los sonidos no salen de mi garganta. Intento moverme, reaccionar de alguna manera. Me es imposible, no soy dueño de mi cuerpo.

—Martíííí —vuelvo a escuchar, más fuerte, más agudo; me llama con insistencia, me sacude con sus gritos.

Entonces mi mente empieza a duras penas a despertar... Los recuerdos comienzan a acudir, se abren paso poco a poco, con una mezcla de angustia y dolor. Ya no soy un niño, mi madre murió hace tiempo. La verdad se revela desoladora, ahora lo entiendo, estoy muerto yo también. Me hundo en la negritud del viaje al infierno. El señor de Monsegur tenía razón, el diablo me ha engañado y he acabado desperdiciando mi vida.

Solo mi madre quiere salvarme aún, me llama desde el cielo. He abandonado a todos los que me querían y ahora nadie puede socorrerme, solo ella.

—¡Madre ayúdame! —me parece escuchar mi propio pensamiento como un grito—. He estado perdido desde que te fuiste.

Empiezo a sentir un terrible dolor que se abre camino en mi cabeza, las sienas parecen palpar como si me apretaran con unas tenazas gigantes y el aire que respiro se me clava en las costillas como un puñal.

Tengo miedo. Los recuerdos siguen agolpándose desordenados, puede que sea una especie de juicio, quizá ha llegado la hora de rendir cuentas... Se me aparecen las imágenes de los últimos días de mi vida: los hombres del rey, la

carga de los caballeros, la mirada de Elvira, Nuño Téllez y su padre; los gritos resuenan en mi cabeza, los gritos de dolor y los relinchos de los caballos. ¡Pobres animales... y pobres de los hombres! Puedo ver ahora también al caballero Aureliano desangrándose, y al diablo... el diablo de mi perdición, oculto tras su disfraz inimaginable...

Aunque no tenía padre, yo vivía una existencia tranquila y afortunada, mi madre era lavandera para el monasterio de Santa María, mi tío era el abad y me enseñaba a leer los grandes libros en latín, a cantar con los monjes, los rezos, ayudar en el huerto, en la cocina... La vida era fácil y apacible, pero todo cambió con la muerte de mi madre. No quise ser monje, quería ser lo que mi padre no pudo vivir. Me veía a mí mismo luchando contra los moros, conquistando castillos, ciudades enteras y rescatando cautivas cristianas de las garras de los enemigos de la fe verdadera. Yo quería convertirme en un héroe. Pero no estaba preparado para lo que me esperaba.

Cuando mi madre vivía todo estaba claro, todo era verdad. Pero cuando salí del monasterio ya nada fue tan sencillo. La vida de fuera es muy complicada, nunca sabes a qué atenerte. A menudo se hace difícil diferenciar lo que está bien de lo que está mal y no sabes si quien tienes al lado es amigo o enemigo, ni quien es Dios o dónde se oculta el diablo.

Antes de morir, mi madre me dijo que fuera buen cristiano, valiente, honrado y temeroso de Dios. Creo que he fallado en todo, y ni siquiera ella podrá arrancarme ahora de las llamas del infierno. Me quemaré y pagaré por mis pecados, para el resto de la eternidad.

A pesar de todo, no me arrepiento de lo que he hecho. Nunca he actuado de mala fe y creo que volvería a cometer los mismos errores que me han llevado a la desgracia y la muerte...



I

LOS REINOS CRISTIANOS Y LAS INCURSIONES ALMOHADES

En el año 1195 compartían la península ibérica seis reinos: Portugal, León, Castilla, Navarra, Aragón y al Ándalus. Esta última era la mitad europea del imperio almohade que se extendía también por todo el norte del Magreb, desde el Marruecos atlántico hasta más allá de Trípoli en el este.

Los almohades (literalmente «dos unicistas» por el énfasis de su doctrina en la unicidad de Dios) provenían de un conjunto de tribus bereberes amalgamadas a comienzos del siglo XII por Ibn Tumart, un carismático líder que les imprimió un fuerte componente religioso. Fueron llamados en un principio por los andalusíes para que les auxiliaran en su lucha contra la presión de los reinos cristianos, pero como era de esperar, el gran imperio africano se hizo con el control absoluto de las pequeñas taifas de la península incorporándolas a su territorio y estableciendo en Marrakech y Sevilla las respectivas capitales.

Con el fin del invierno y rotas las treguas por las algaradas castellanas, el califa Abu Yusuf Yaqub hizo un llamamiento a la guerra santa (yihad) contra los reinos cristianos, reuniendo un imponente ejército con el que cruzó el Estrecho y comenzado el verano se encontraba junto con los contingentes andaluces en el borde de lo que se consideraba la frontera con Castilla.

En el lado contrario, el rey castellano Alfonso VIII había llamado a los nobles con sus mesnadas, a las órdenes militares y a las milicias villanas de los concejos ciudadanos. Acostumbrado a vencer en el campo de batalla no quiso esperar a sus primos, el rey de León por un lado y el de Navarra por otro, que se encontraban de camino para unirse a él con sus tropas. En los llanos de lo que hoy es Ciudad Real, al lado del castillo de Alarcos, se lanzó contra el ejército almohade sufriendo una terrible derrota de la que a duras penas pudo escapar con vida.



Dueño de la situación, Yaqub I llamado desde entonces al-Mansur «el victorioso» se enseñoreó por los campos y villas del sur de Castilla, desplazando la línea fronteriza hasta unos escasos cincuenta kilómetros de Toledo.

Durante los dos años siguientes prosiguió el castigo contra los castellanos con el agravamiento de que el monarca leonés Alfonso IX, aprovechando el descalabro de su primo, pactó una alianza con el califa y con la ayuda de un numeroso grupo de soldados almohades, al mando del desnaturalizado castellano Pedro Fernández de Castro, entró por la frontera occidental saqueando Tierra de Campos.

Otro tanto hizo el rey navarro Sancho VII el Fuerte que penetró con sus caballeros por Soria y la zona nororiental.

Afortunadamente para el monarca castellano, se pudo establecer una alianza con los aragoneses de su también primo el rey Pedro II y, lo que es no menos importante, al tercer año se logró acordar treguas con los musulmanes.

Los acuerdos de paz se sucedieron por trece años más. Durante este periodo cada bando se dedicó a resolver sus problemas internos. Los almohades, bajo el mando del sucesor de al-Mansur, Muhammad al-Nasir, reprimir las revueltas en el norte de África y completar la conquista de las Baleares que estaban aún en manos de sus enemigos magrebíes, los almorávides. Por la parte castellana, solucionar los interminables conflictos fronterizos con los reinos de León y Navarra, además de la cuestión de Poitou y la Gascuña, territorios en Francia del rey inglés Juan Sin Tierra¹ a los que aspiraba como regente Alfonso VIII pues habían sido dados como dote de boda a su esposa Leonor Plantagenet.

En el año 1211, dieciséis años después del desastre de Alarcos, una nueva generación de guerreros se hallaba dispuesta a derramar su sangre en un nuevo enfrentamiento. Alfonso VIII rumiaba su venganza y con la ayuda de su joven heredero, Fernando, preparaban las condiciones favorables para la batalla campal definitiva. Los trovadores catalanes y provenzales inflamaban los ánimos de los caballeros e incluso el Papa Inocencio III llamaba a la cruzada hispánica.

Por su parte Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir, hijo y sucesor del anterior califa Yaqub al-Mansur, había reunido el mayor ejército que se había visto jamás en tierras hispanas. Estaba formado por tropas almohades, distintas tribus bereberes del norte de África, voluntarios musulmanes y soldados mercenarios.

1 Cuando Enrique II de Inglaterra hizo testamento por primera vez, legó las tierras a sus tres hijos mayores, Enrique el Joven, Ricardo Corazón de León y Godofredo, dejando sin ningún dominio para heredar al cuarto, Juan, que fue apodado entonces Juan Sin Tierra. Paradójicamente fue el que, tras las sucesivas muertes de sus hermanos, se quedó con todo el reino. Enrique Plantagenet y Leonor de Aquitania tuvieron así mismo tres hijas. Una de ellas, Leonor, se convertiría en la esposa de Alfonso VIII y por lo tanto en reina de Castilla.

A principios de año se habían reunido en Marraquech y después de una larga travesía cruzaron el estrecho para unirse a los contingentes venidos de todo al-Ándalus. En junio, partiendo de Sevilla se dirigieron a Córdoba y de allí a la villa y fortaleza de Salvatierra, puerta del camino hacia Toledo, que defendida por los caballeros calatravos resistió heroicamente hasta su caída en Septiembre. Con su capitulación acabó la campaña del verano de 1211².

Gracias a la resistencia de los monjes guerreros los daños no fueron todo lo terribles que cabía esperar para los castellanos. Alfonso VIII permaneció acuartelado en las sierras madrileñas sin poder socorrer a los calatravos, ya que no disponía de los hombres suficientes para enfrentarse a los almohades.

Todo quedaba pendiente para el año siguiente.

2 Durante la Antigüedad y la Edad Media las campañas militares, sobre todo las de una cierta envergadura, se llevaban a cabo solamente durante los meses de buen tiempo, ya que la climatología adversa elevaba enormemente las dificultades de movimientos y abastecimiento de las tropas. De hecho, en este año de 1211, la campaña efectiva fue de corta duración, ya que el ejército almohade tardó más de lo previsto en cubrir el largo trayecto hasta Sevilla. Por fortuna para los castellanos, una primavera extraordinariamente lluviosa había dejado los precarios caminos del Magreb totalmente embarrados.



CAPÍTULO 1

UNA VISITA INESPERADA

Otoño 1211

Aunque el sol ya se había ocultado tras la línea del horizonte, todavía quedaba claridad cuando el grupo de jinetes llegó hasta la entrada del castillo. Uno de ellos bajó de su caballo e hizo sonar contra el portalón una anilla que colgaba de una cadena a modo de aldaba. Al cabo del rato de no escuchar respuesta y como le pareciera que el ruido que hacía no era suficiente, se hizo con una piedra de buenas dimensiones y volvió a aporrear la madera con todas sus ganas.

—¿Quién se presenta a estas horas? —se oyó al otro lado.

—Avisa al señor Tello. Dile que Diego López y cuatro caballeros más necesitan aposento para ellos y sus caballos —dijo a voces el hombre que acababa de llamar.

En el portón se abrió un pequeño ventanuco tras el que se podía ver el ojo y poco más, de alguien que observó inquisidor y desconfiado a cada uno de los que esperaban fuera. Al momento se oyó por detrás la voz del teniente del castillo que se había acercado alarmado por los golpes.

—Diego, ¿sois vos? ¡Cómo no me habéis avisado!

Uno de los caballeros, apeándose de su montura, contestó con voz cansada:

—Pues claro que soy yo, hombre de Dios. ¡Nadie en estas tierras se atrevería a usar mi nombre para colarse en un castillo!

Aunque pudiera parecer presuntuoso, no hablaba sin razón, aparte del mismo rey Alfonso, Diego López de Haro era, junto con los hermanos Núñez de Lara, uno de los hombres más poderosos de Castilla en ese momento. Antes de terminar de decir la frase, los enormes cerrojos de las puertas chirriaban compitiendo en estridencia con las voces que el señor daba a sus sirvientes.



Nada más abrir, los recién llegados y sus caballos pasaron al patio interior. El castillo era una pequeña construcción en lo alto de una loma desde donde se dominaba el resto del pueblo y los alrededores. El último repecho de subida a la fortaleza había terminado de fatigar a las bestias, que resoplaban hilillos de espuma por la boca.

—Que los atiendan bien, Tello. Llevamos haciendo camino toda la jornada sin apenas descanso —el tono de don Diego era amigable pero no cabía duda de que estaba acostumbrado a dar órdenes—. Vamos para adentro, que es tarde y tú y yo tenemos temas que tratar —le dijo como saludo mientras se estrechaban las manos.

Una vez en las estancias privadas del castillo, fue Aldonza, la mujer de Tello Garcés, el señor del pueblo de Cerezo, quien sirvió unos restos de asado, pan y un cuenco con unos racimos de uvas. Lo hizo ella misma, como deferencia hacia el importante huésped; una sirvienta dejó también una jarra de agua fresca.

—Si nos hubieras avisado tendríamos preparado algo un poco mejor —dijo a modo de excusa por la sobriedad del ágape—. ¿Quieres algo más? En la alcobá he mandado dejar una jofaina con agua templada y una muda de ropa limpia de Tello por si quieres una camisa o calzas para cambiarte.

—Gracias, Aldonza, todo está bien.

El señor de Haro se quedó callado mirando fijamente a la mujer. Era la forma de decir que su presencia ya no era necesaria en ese momento. Ella ardía en deseos de saber qué asuntos eran los que traían al magnate por la aldea y, sobre todo, estaba sedienta de noticias, noticias de Toledo, de Madrid, de cómo iba la guerra con el Miramamolín³. Y más que ninguna otra cosa, noticias sobre las personas, la corte, el rey Alfonso y su mujer Leonor, que era hija y hermana de los reyes ingleses; los infantes, si había un nuevo casamiento a la vista o si les iba bien a las propias hijas de don Diego, casadas con los hermanos Álvaro y Gonzalo Núñez de Lara... y tantas otras cosas. La vida en una pequeña villa era terriblemente aburrida para una mujer como ella que sobrepasaba ampliamente en cultura e inquietudes al resto de los moradores del lugar y que ahora se veía excluida del único acontecimiento que rompía la rutina diaria en las últimas semanas, por no decir meses.

—Si me necesitáis estoy aquí al lado —dijo amablemente con una media sonrisa antes de salir, aunque le hubiera gustado añadir: ¡ahí os dejo a solas, para que podáis estar a gusto y hablar de vuestras guerras y de vuestros importantes asuntos varoniles!

3 Romanización del título más importante de Muhammad al-Nasir, «Amir al Mu'minin» Príncipe de los creyentes. Dignidad propia únicamente de los califas y que hasta la llegada de los almohades solo se habían atribuido los máximos mandatarios de ascendencia árabe (los almohades eran en su práctica totalidad bereberes).



Los dos hombres permanecieron en silencio hasta que se cerró la puerta tras la mujer. Ambos pasaban ampliamente de la cincuentena y, a pesar de aparentar buena forma física, la piel de sus rostros mostraba las cicatrices del paso del tiempo y de una vida gastada más a menudo a la intemperie que en el refugio del hogar. El recién llegado estiró los brazos y giró después su torso a un lado y a otro para desentumecer los músculos antes de dejarse caer pesadamente sobre la silla. Bebió con avidez hasta casi vaciar la jarra de agua y tras un momento mirando el plato con las viandas exclamó:

—No sé si voy a comer algo, estoy tan cansado que no me quedan fuerzas ni para masticar.

—Bueno, Diego, me tienes en ascuas. ¿Qué es lo que te trae a estas horas y con tantas prisas? Te hacía en Madrid con el rey —dijo el anfitrión sentándose al otro lado de la mesa.

—Traigo noticias verdaderamente malas —respondió sombrío. Apoyado sobre el tablero, su mano derecha permanecía agarrada a la jara del agua mientras con la otra se frotaba la cara con tal denuedo que parecía querer borrarse las facciones. Tras una pequeña pausa tomó algo más de aire de lo normal y añadió: —El infante don Fernando ha muerto.

—¿Lo han matado los moros?

—No, no, ya había vuelto de la algarada tras la extremadura, todo había salido bien, fue de repente, en Madrid. Le tomaron unas fiebres terribles y en un par de días se nos ha ido al otro mundo. Nadie se lo esperaba. Apenas hubo tiempo de llamar a los médicos, pero ni los judíos ni los cristianos han podido hacer nada por salvarle la vida.

—¡Qué desgracia, con lo buen mozo que era y lo dispuesto que estaba siempre para combatir a moros o cristianos! Va a ser un golpe muy duro para el rey y para la marcha de la guerra con el Miramamolín. Primero la caída de Salvatierra y ahora la muerte del heredero. ¡Que Dios nos ayude! —exclamó con gesto preocupado el señor de Cerezo.

—Lo peor ha sido para la reina Leonor. Se abrazaba al cuerpo sin vida del hijo, decía que se estaba quedando frío y necesitaba calor, salía de la estancia y volvía otra vez para cubrirle y darle su aliento, estaba como loca y nadie se atrevía a decirle nada; solo la hija Berenguela hablándole muy despacio y suavemente logró separarla del cadáver de su pobre hermano. Es terrible escuchar los llantos de una madre cuando pierde un hijo, prefiero mil gritos de peones despanzurados en el campo de batalla que los quejidos de una mujer doliente. De todas formas —la voz de don Diego que por un momento se había vuelto algo queda y ensimismada, volvió de repente a su energía natural—, el rey sabrá superar la

desgracia, ya lo ha hecho otras veces. No nos queda más remedio, el califa Mohamed no se ha vuelto para Marrakech, se ha quedado en Sevilla y no ha licenciado a las tropas. Si hacemos caso a lo que cuentan, el ejército del que dispone es gigantesco, si no conseguimos reunir los combatientes necesarios nos van a arrasar. No quiero pensar en lo que significaría una nueva derrota y que tanto el de León como el de Navarra se vuelvan a aprovechar otra vez de nuestra desgracia.

En la mente del magnate apareció como una sombra el recuerdo del desastre de la batalla de Alarcos. Habían pasado ya dieciséis años de aquello, pero la herida continuaba abierta. Solo una gran victoria contra los almohades la haría cicatrizar.

—No quedaría un rincón seguro en toda Castilla —dijo Tello pesimista.

—Por eso he hecho este viaje —prosiguió Diego López inesperadamente enérgico—, deseo informar personalmente a mi gente, no quiero que estas noticias crezcan y se conviertan en malos augurios, esto no puede afectar el ánimo de los hombres ni los preparativos para la campaña que nos espera. Durante este invierno hay que adecentar los yerros y acumular vituallas en gran cantidad, necesitamos también gente dispuesta y bien preparada. Para la primavera todo tiene que estar a punto. Mañana partiré hacia Haro para que cada cual sea responsable de su cometido y se ponga manos a la obra, después vuelvo a Madrid. Hay previsto un encuentro con el rey Pedro de Aragón. Creo que está de buen ánimo y que quiere llevar adelante esta empresa de la cruzada tanto o más que nosotros, lo malo es que creo que anda con la bolsa vacía, todo lo que le sobra de ganas y de espíritu le falta de dineros.

—Supongo que todavía se acordará de la ocasión en que le salvaste el pellejo cuando estábamos al servicio del gobernador moro de Valencia —dijo Tello con una leve sonrisa.

—Hace ya unos cuantos años de aquello, pero creo que el rey aragonés sigue igual de impulsivo. Se confía demasiado porque aún es joven y fuerte, pero eso un día le va a costar la vida. Hay que ir al frente de las tropas y dar ejemplo, pero a la hora del combate, exponerse demasiado es hacerle un favor al enemigo. Si sigue así, no llegará a viejo —sentenció don Diego tan seguro de su augurio como el campesino que anuncia la lluvia por el olor del viento.

En este momento entró un criado con un par de jarras de vino.

—¡Ya era hora Tello! Pensaba que no ibas a sacar el tinto del barril. Ya sabes que me he pasado todo el verano en Toledo⁴ y si algo echo de menos cuando estoy alejado de mi tierra es esto. ¿Qué tal ha ido la vendimia de este año?

4 Mientras duró el asedio de los almohades al castillo de Salvatierra, Diego López permaneció en Toledo preparando la defensa de la región. Afortunadamente la tenaz resistencia de los defensores de la fortaleza imposibilitó a los atacantes avanzar hacia la ciudad.

—Bien, ya casi está terminada, no nos podemos quejar...

—¿Y la familia? ¿Cómo os va por aquí? —dijo el ricohombre que parecía de bastante mejor humor solo de ver la jarra del vino.

La villa de Cerezo era una de las muchas tenencias⁵ que Diego López poseía en la zona. Después de varios exilios y de idas y venidas a causa de sus desavenencias con el rey Alfonso VIII, parecía que finalmente su relación con el monarca estaba ahora en su mejor momento y su posición como señor de la región plenamente afianzada.

—Bueno, la vida aquí en el pueblo es bastante tranquila. Ya sabes que casé a la hija, ahora vive en Burgos y creo que desde entonces Aldonza echa de menos un poco más de bullicio. Además, malcrió a Nuño. Este hijo mío está más preocupado por los líos de faldas que otra cosa. Intento que practique con armas, que mejore como jinete, pero creo que solo lo hace si puede impresionar a alguna moza. Estos jóvenes de ahora son unos gandules, nosotros a su edad ya estábamos batiéndonos el hierro por ahí. ¿Recuerdas cuando nos metimos en la guerra que se montaron el padre y los hermanos de la reina Leonor en Francia?⁶ Aquello sí que fue una buena escuela. ¡Nos hicimos doctores en dar espadaños!

—Han pasado demasiados años. Entonces éramos jóvenes y fuertes, pero también bastante insensatos —dijo el de Haro mientras se chupaba sonoramente los dedos. Animado con el vino, estaba atacando con más ganas los pedazos de carne del plato.

—Ya te conté que durante la campaña del rey en Gascuña⁷ estuvo con nosotros Aureliano, el señor de Monsegur ¿Te acuerdas? —dijo Tello dando unos sorbitos a su jarra de vino, más que nada por acompañar al de Haro—. Deberías mandarle un mensajero, es un auténtico caballero campeador y seguro que le gustaría estar en la cruzada del año que viene contra los moros. Así estaríamos de nuevo los tres juntos.

—Lo haré, me gusta la idea, aunque creo que lo que estás maquinando es saber si algo de ese espíritu guerrero se le podría contagiar a tu hijo Nuño.

5 El rey adjudicaba entre sus nobles la «tenencia» o administración y usufructo de villas y lugares. Los grandes magnates organizaban, a su vez, dichas tenencias, poniendo al frente de cada una a alguno de sus caballeros vasallos.

6 Entre 1180 y 1183 Ricardo Corazón de León, siempre díscolo, volvió a desafiar a su padre Enrique II de Inglaterra y a su hermano Enrique el Joven, lo que condujo a la guerra fratricida en su ducado de Aquitania.

7 Leonor Plantagenet era hija de Enrique II de Inglaterra y Leonor de Aquitania. Para su boda con Alfonso VIII de Castilla aportó como dote el ducado de Gascuña. En 1205 el rey castellano hizo una incursión por la región (con pocos resultados prácticos) en un intento fallido de reclamar la efectividad de dicha dote.

—Tú no tienes problemas porque tu hijo Lope es todo un paladín —dijo Tello con envidia indisimulada—, pero Nuño necesita ejemplos, le hace falta algo o alguien que le empuje, a mí apenas si me hace caso. Además, todavía no ha estado en una campaña seria y es mi deber como padre intentar que mi hijo se convierta en un hombre de armas como Dios manda. Que no me deshonre cuando llegue la hora de la verdad.

—No te preocupes tanto, los jóvenes de hoy en día son así, solo se preocupan de emboar a las mocitas. De todas formas, es muy posible que quizás antes de lo que supones tengamos oportunidad de hacer una buena cabalgada.

Tello, que había terminado su disertación anterior mirando al suelo cariacontecido, levantó la vista al escuchar la última propuesta de Diego López, abrió mucho los ojos y hasta se iluminó la expresión de su rostro.

—¿Qué quieres decir con eso de una buena cabalgada? —preguntó intrigado.

—Es un asunto que me ha encargado el rey Alfonso en persona—Diego bajó la voz, como si temiera que alguien pudiera escuchar, y mirando fijamente a su amigo, añadió con un tono cómplice—: Se trata de una misión importante, el tema no debería salir de esta habitación... así que, sintiéndolo mucho, no te lo puedo contar todavía, eres el único hombre que conozco que después de llevar casado más de veinte años es tan bobo que todavía sigue contándole a su mujer todos los asuntos de los que se entera.

—Bueno... hablo con ella, pero tampoco es que se lo cuente todo... ¿No le hablas tú de tus andanzas a tu esposa Toda? —contestó Tello, más como excusa que por interés por la vida familiar del señor de Haro.

—Los hombres tienen sus ocupaciones y las mujeres las suyas propias de su condición, no hay que estar mezclando continuamente unas cosas con otras —el tono de voz de Diego López había vuelto a cambiar de repente.

A menudo se le escapaba la actitud autoritaria de quien está acostumbrado a ocupar un escalón por encima del resto de los mortales, o quizás fuera también, a pesar de ser amigos, un sutil recordatorio del escalafón social. Sea como fuere, el tema le alteraba. El noble estaba casado en segundas nupcias con Toda Pérez de Azagra, hija del señor de Albarracín, pero de su primera mujer, María Manrique de Lara, muerta en su juventud, dicen las malas lenguas que le abandonó para irse con un herrero.

Tello se dio cuenta de que había tocado un tema peliagudo y en seguida intentó reconducir el hilo de la conversación por otro camino.

—Bueno, aunque no entres en detalles ¿podrías anticipar un poco en qué va a consistir la misión? Más o menos quiero decir... por si hay que ir preparando algo.

—Seremos un grupo reducido, diez o doce jinetes y no deberíamos de llegar a entablar combate con nadie, se trata más bien de una cuestión diplomática, así que en cuanto pasen los fríos del invierno prepáralo todo para pasar un mes o dos fuera, cuéntale a tu mujer que vamos a Toledo a hablar con el obispo de la preparación de la cruzada o algo así.

El señor de Cerezo quedó encantado con la idea. Sentía que ya no estaba en su mejor momento para ir a la guerra, pero esto sonaba más bien a aventura, a volver otra vez al camino... él era un hombre de acción y estaba deseando ser útil para otros menesteres que se salieran de la monotonía diaria que suponía administrar un pueblo de campesinos.

—Por cierto —prosiguió Diego—, hay una cuestión más. Me gustaría que te encargases de un chico que me han encomendado. Es un compromiso con el abad del monasterio de Bujedo. Creo que el muy sinvergüenza llevaba años beneficiándose a una aldeana que hacía de lavandera del convento. Ahora la mujer ha pasado a mejor vida y ha dejado un mozalbete que no quiere ser monje, así que me ha pedido como favor que le demos empleo al chico en cuestiones más guerreras. Ya sabes, ponlo de porquero, caballero o algo así para que se vaya enterando de cómo funcionan las cosas en esta vida.

—Lo haré, no te preocupes. ¿Quieres algo más? Si no, te dejo descansar, que mañana habrá que levantarse bien temprano.

Tello acompañó al magnate a su estancia y se marchó después a la que ocuparían esta noche su mujer y él. El castillo era menos que mediano y no poseía muchos aposentos, así que siendo su alcoba habitual la mejor y más amplia del recinto habían tenido la deferencia de dejársela al señor de Haro. Aunque no era lo habitual en las casas señoriales, ellos compartían dormitorio desde que se casaron y seguían gustando de dormir los dos en el mismo lecho. Nada más entrar, la mujer, que le esperaba sentada en el borde de la cama, le miró fijamente y sin más preámbulos le soltó a bocajarro:

—Ya me estás contando con pelos y señales a qué debemos esta visita del señor Diego, casi de noche, de repente y sin avisar.

—Pero Aldonza, por Dios, que es muy tarde y estoy cansado, mejor nos acostamos a dormir y ya mañana te lo cuento con más tranquilidad.

—Eso que te lo crees tú. Por lo menos dime qué es ese asunto tan importante que ha traído al señor a estas horas por aquí con los caballos derrengados.

—Está bien, te lo diré, aunque sé que eso va a significar que seguramente voy a dormir poco esta noche... —El hombre suspiró ruidosamente, como señal de resignación o quizá para propiciar un cierto aire de suspense, y enunció con voz grave—: el infante ha muerto.

—¿El pequeño Enrique?

—Peor, Fernando, el heredero del trono. Unas fiebres se lo han llevado al otro mundo en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero cómo ha podido ser si estaba en lo mejor de su juventud. —La mujer se santiguó, bajó la cabeza y se quedó inmóvil, con la mirada perdida; al cabo del rato pareció retornar de nuevo a la vida, volvió a santiguarse un par de veces más y exclamó: —¡pobre Leonor! Un hijo que ya lo tenía casi criado del todo, solo le faltaba el casamiento.

—Diego dice que no quería reconocer que estaba muerto y que le arropaba como si solo estuviera dormido. Después se agarró a él para ayudar a darle calor con su propio cuerpo. Al final se quedó aferrada al cadáver del hijo durante toda la noche, llorando y gritando de dolor. Pero lo peor de todo no es eso, sino que estamos a las puertas de un gran enfrentamiento con los moros de aquí y los de África juntos y no sabemos si el rey Alfonso va a ser capaz de sobreponerse a esta desgracia. ¡Con lo buen mozo que era el muchacho y lo predispuesto que estaba para la guerra!... —Tello continuó con su discurso, alabando la figura del príncipe fallecido y sus aptitudes guerreras, pero su mujer ya no le escuchaba. Sus pensamientos estaban con Leonor y con las madres que pierden a sus hijos. Se arrodilló al borde del lecho y estuvo rezando durante un buen rato, con la cabeza apoyada en sus manos entrelazadas. Después se acurrucó en un lado de la cama intentando no hacer ruido, pero durante bastante tiempo, los sorbidos esporádicos de su nariz, empeñada en gotear, delataba que no estaba durmiendo.

Como había predicho, Tello Garcés tardó en dormirse esa noche, sabía que Aldonza era muy sensible a las desgracias ajenas, más aun las que tienen que ver con la pérdida de un hijo. Ella estaba muy unida a Nuño y le aterrorizaba la idea de que le pudiera suceder alguna desgracia. Pero no eran solo los sollozos ahogados de su mujer los que no le dejaban conciliar el sueño, no podía dejar de pensar en la misión de la que le había hablado el señor de Haro. Ya no se sentía tan fuerte como antes, su salud se resentía últimamente, a veces le dolían las articulaciones y tenía dudas de si aguantaría bien una larga campaña para combatir en la cruzada contra los moros, pero esta era quizás su última oportunidad y tendría que sacar fuerzas de donde fuera para aprovecharla. Tello había vivido la derrota de Alarcos y el recuerdo de aquella fecha todavía le reconcomía en lo más profundo. Lo peor es que sentía que no había preparado a su hijo Nuño lo suficiente para que fuera un digno sucesor de su padre. En los últimos años habían estado algo distanciados y quizá la misión de la que había hablado Diego López sería una buena ocasión para cabalgar juntos y mostrarle las cualidades

que un verdadero caballero debe tener en la vida y en la guerra. Antes de que el sueño le venciera todavía permaneció un buen rato imaginando aventuras y situaciones en las que se veía a sí mismo derrochando arrojo y valentía ante la admiración de su hijo.

Aún era de noche, aunque el amanecer estaba ya cerca, se podía apreciar porque una tenue claridad anunciaba el lugar del horizonte por donde se asomaría después el sol. Alguien llamó a la puerta de la habitación en la que dormían el señor del castillo y su mujer, primero suavemente y algo más fuerte después. Tras de un corto silencio probó a llamarle de viva voz.

—Señor Tello... señor... ¡Señor Tello! —terminó vociferando a pleno pulmón.

El grito, aunque ligeramente amortiguado por el grosor de la madera resonó en la habitación y prácticamente en todo el castillo. Tello se incorporó en la cama de súbito, tras un instante inmóvil se levantó de un salto y alcanzó a oscuras la rinconera donde tenían la palangana con agua para asearse, introdujo la cabeza hasta dar con la nariz en el fondo y la fría sensación obró el milagro de poner su raciocinio en perfecto funcionamiento.

—Don Diego está levantado y vestido —prosiguió la voz desde fuera.

—Vamos mujer, espabila, que parece que nuestro huésped tiene prisa —dijo el señor mientras salía por la puerta poniéndose la saya.

—¿Mi hijo se ha levantado? —le soltó como saludo y sin pararse en su carrera al hombre que esperaba al otro lado.

—Se está levantando... —comenzó a responder el interpelado con la falta de aplomo característica de quien cuenta algo de lo que no está muy seguro.

—Sácale ahora mismo de la cama, a patadas si es necesario —dijo Tello mientras emprendía camino de la salida escaleras abajo.

Poco después, en el patio, los hombres de Diego López revisaban sus caballos y pertenencias para proseguir el viaje. Los señores del castillo, con su hijo Nuño, aguardaban a que todo estuviera listo para poder despedirse del insigne visitante y sus acompañantes. Con las prisas se habían vestido ligeramente y mantenían los brazos cruzados y apretados sobre el pecho para intentar resguardarse lo más posible del fresco de la madrugada. Tello, además, daba pataditas en el suelo con los talones a ver si así, con un poco de movimiento, subía la temperatura corporal.

—¿Seguro que no queréis comer algo? —dijo Aldonza dirigiéndose al señor de Haro.

—No, muchas gracias, García nos ha provisto con pan, queso y unos pellejos de agua que serán más que suficiente para el camino que nos queda—dijo el magnate.

A continuación, tuvo la deferencia de despedirse personalmente de cada uno. Cogió la mano de la mujer con afecto y le dio caballerosamente las gracias, después tras abrazar al marido pareció excusarse de la brevedad de la visita y las prisas en la partida.

—Debo arreglar los asuntos que te comenté y volver después para Madrid. La infanta Berenguela y el obispo se encargan del funeral en Burgos, pero los reyes se quedan y debo reunirme con ellos. Hay mucho trabajo pendiente para preparar la cruzada. Ah, y sobre todo no olvides lo del viaje que te comenté para después del invierno.

En ese momento Diego se acercó a su amigo y añadió en voz baja con un tono ligeramente burlón: —supongo que ya se lo habrás contado todo anoche a tu mujer.

Antes de subir al caballo se despidió también del hijo:

—Y tú pórtate bien, Nuño, tu padre y yo nos hacemos viejos y necesitamos de los jóvenes para hacer las cosas. Prepárate porque pronto le sustituirás como señor de Cerezo o de donde sea.

Esta última afirmación no era baladí, las tenencias no se heredaban, sino que era el ricohombre quien nombraba la persona para el puesto; la frase apuntaba a que confiaba en el joven Nuño Téllez como futuro castellano, si no en este, en algún otro lugar.

Mientras los jinetes salían por el portalón de la fortaleza, Nuño se volvió a su padre y le preguntó con gesto extrañado:

—¿A quién dice que entierran en Burgos?

—El príncipe Fernando ha muerto —contestó su madre anticipándose—, le han cogido unas fiebres fortísimas y ha caído como un pajarito, sin que ni sus valerosos soldados con sus brillantes armaduras, ni sus afiladas espadas —Aldonza hacía aspavientos con sus brazos mientras hablaba, para dar mayor énfasis a sus palabras— le hayan servido para nada. Tal ha sido el designio de nuestro Señor. Ni siquiera su desgraciada madre, que la han oído llorar y vociferar de dolor desde todo Madrid, tales eran los gritos que daba: «¡quiero que me entierren con mi hijo, quiero que me entierren con mi pobre niño!», decía, agarrada al difunto toda la noche. Ni los hombres más fuertes del rey pudieron separarla de su abrazo con el cuerpo sin vida del pobre muchacho... —en este punto y como si repentinamente la hubiesen empujado desde atrás se acercó al joven y le estrujó entre sus brazos.

—Déjame que te dé un pequeño achuchón, hijo mío.

—Madre, ¡por Dios! Que nos están viendo todos los hombres, cómo voy a tener luego autoridad si me trata como a un niño.

Nuño intentaba zafarse suavemente a la vez que miraba de soslayo alrededor para ver si los soldados que estaban cerrando el portón, o algún otro sirviente eran testigos de la escena.

—Ya lo sé que eres un hombre hecho y derecho y yo soy tu madre y este mundo es como es. Hace poco eras un niño y ahora eres un hombre. Y nunca sabes dónde está Dios y dónde acecha el diablo, solo quería darte un abrazo y hecho está.

Las últimas palabras de la mujer salieron quebradas por la emoción, pero antes de terminar de decirlas ya se había dado media vuelta y corría más que caminaba hacia la entrada de la torre dejando solos a los hombres. Siguió una situación un poco extraña, quedaron callados sin saber muy bien dónde mirar o qué decir. Tello y su hijo junto con el capitán García, el hombre que les había despertado por la mañana, los tres indecisos, plantados en medio del patio, hasta que Nuño rompió el silencio:

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Pues no va a pasar nada diferente a lo que estaba previsto —contestó el padre—. Al infante le llegó su hora igual que nos llegará a todos nosotros. Para que os deis cuenta de que puedes ir a la guerra o afrontar todos los peligros del mundo sin que te pase nada y un día Dios te llama a su lado cuando menos te lo esperas y ¡zas! Vaya usted con Dios. Quizá el Señor esté probando la entereza del rey y la nuestra para seguir adelante con nuestra misión, que no es otra que derrotar a los infieles el año que viene.

García miraba a su señor con la boca a medio cerrar y el labio inferior un poco caído lo que le daba una apariencia de ser un poco lelo, pero nada más lejos de la realidad. Era un hombre muy capaz y decidido, de hecho, era quien realmente dirigía al resto del personal que servía dentro y fuera del castillo al señor de Cerezo. Su aspecto en general era así mismo contradictorio, pues, aunque joven y en buena forma física, la caída prematura de su pelo y una ligera barriguilla le hacían parecer de mayor edad y dado a la vida sedentaria. Engañaba todo esto a quien tenía un primer contacto con él, pero era muy respetado, —y se hacía respetar— entre sus hombres y los que ya le conocían.

—Las órdenes de don Diego son claras —prosiguió el castellano—, hay que prepararse a fondo durante este invierno, hacer acopio de armas, vituallas y todo lo necesario para unirnos a los hombres del rey, aunque —y en este momento bajó la voz para que nadie fuera del grupo pudiera oírle— quizás

salgamos antes de lo previsto, Diego López nos reclama para resolver ciertos asuntos que le ha encargado el mismísimo rey Alfonso, pero de esto ni una palabra. —Y les mostró la mano cerrada con el dedo índice apuntando hacia arriba mientras su mirada reflejaba la severidad con la que quería apoyar su afirmación—. Y otra cosa Nuño —tanto su voz como su rostro recuperaron un tono más mundano—, después de almorzar, bajas a la iglesia y hablas con el párroco, encárgale que se hagan unas misas para el alma del infante don Fernando. Pero, sobre todo, lo más importante, es que prepare un buen sermón hablando de las cualidades de cristiano batallador del difunto. Y que el Señor nos ha mandado una señal para comprobar nuestra fe...bla, bla, bla, que debemos honrar su memoria...bla, bla, bla, y que tenemos una gran misión por delante... yo que sé, lo que se le ocurra, pero tiene que animar los corazones de todas las gentes. Y por si no le queda claro, dile de mi parte que como no se esmere y haga un buen discurso, yo mismo en persona soy capaz de hartarle a palos y echarle después del pueblo. Tenemos que lograr que la muerte del príncipe, lejos de ser una mala noticia, sirva para inflamar el sentimiento guerrero entre los hombres y mujeres de esta villa y sus alrededores.

—Habrá que hacer algún tipo de donación —añadió Nuño.

—No le pienso dar ni un trocito de cobre, el rey ha dicho que la iglesia tiene que colaborar en el sufragio de los gastos de la cruzada, que considere las misas y los discursos como una aportación para la causa de la lucha contra los moros. Si le queda alguna duda que se lo pregunte él mismo al obispo. Y ahora me voy que tengo cosas que hacer.

Y según terminó de hablar, se volvió para el torreón que hacía las veces de vivienda para la familia. Llevaba el paso ligero, como corresponde a quien le espera un asunto urgente. Mientras iba caminando pensaba si todavía guardaría el lecho algo de calidez, le reconfortaba la idea de encamarse de nuevo y recuperar parte del calor y del sueño perdidos esta madrugada.